

Destino Rimbaud



JORGE ESQUINCA

A Marco Antonio Campos

La primera imagen podría ser la del sílex, esa “piedra del rayo” que los primitivos veneraban como la punta misma del relámpago. Un proyectil caído del cielo, enviado de lo alto, con algún propósito inconfesable. Luego de la vorágine queda siempre una marca, señal del sitio en el que ha caído un dios. Arrojado, expulsado, defenestrado, el muchacho lo lleva como un lamparón imborrable. Una mácula que le atraviesa el horóscopo y trastoca el eje que habría de afinar toda medida en el fiel de la Balanza. Si se le ha designado al enlodamiento, a la forzada convivencia con las leyes de la gravedad; si se le quiere tributario, adormecido, consecuente, él habrá de responder con la cólera y la altanería propias de su casta. ¿Quién osaría retener por un instante al furor que se sabe? La quietud, el reposo, la contemplación, no son para él cosa de *este* mundo. Sino el incommensurable anhelo de volver a poseer la Verdad. Podrá, sin embargo, pactar *aquí* efímeras alianzas, regatear, traficar, hablar en lenguas. Aprenderá, demasiado rápido, a fingir la mecánica erótica, la alquimia verbal, y sobretodo a no permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio. Aire, andará sobre las aguas. Fuego, consumirá los desiertos. Rozará lo inefable y nos lo ofrecerá con el mismo gesto *déjà vu* con el que aparece en su retrato. Trazará mapas, una vasta cartografía en la que tú y yo habremos de leer y traducir para entenderlo apenas. Sufrirá, conforme a las leyes de este mundo, la traición de la linfa y de las células en su propio cuerpo. Él, que por derecho había heredado la fecundidad del espíritu y la inmensidad del universo; él, que había visto en el iris violeta de unos ojos humanos el rayo del comienzo, nos exige, aún así, mutilado, humillado —ese costal de huesos, esa punta de flecha, ese soberbio—. Nos exige resistir: “dígame a qué horas puedo ser transportado a bordo”.